

para otorgar los grados el que el estudiante haya estado *efectivamente en disponibilidad y al servicio de la comunidad, realizando proyectos comunitarios*.

En una propuesta que unos considerarán audaz y otros prudente, dice:

“No podemos seguir considerando a la primaria como una preparación para la secundaria sino como un medio de preparar a la mayoría para lo que será su vida”.

Y sugiere que la primaria sea un ciclo *autosuficiente*, cerrado sobre sí, que se inicie y se termine más tarde en la vida del educando, para permitirle el contacto con su familia y su comunidad e incluso —quizás— su empleo como auxiliar económico ya que, al egresar *en edad apropiada* podrá valerse efectivamente del conocimiento adquirido en beneficio propio y de la comunidad.

En tanto se atreve a proponer esto un pedagogo y un estadista africano de cultura universal, en México, so pretexto de capacitar mejor a nuestros jóvenes, prolongamos artificialmente su niñez con años adicionales de estudio, agravamos la dependencia de la población nacional, posponemos la satisfacción de los anhelos de educación de grandes colectivos, contribuimos a la frustración de muchos, agravamos las tensiones sociales, creamos “élites” intelectuales por igual “exquisitas” e ineficaces como dirigentes sociales, y nos asomamos despreocupadamente a las fauces de una catástrofe de dimensión nacional.

Ojalá y los “salvajes” africanos (con menos años de historia independiente) nos sigan dando lecciones de osadía y de prudencia como ésta, a nosotros latinoamericanos (enriquecidos por siglo y medio de vida independiente) que sólo parecemos capaces de intentar la

imitación simiesca de nuestros antiguos o de nuestros nuevos dominadores.

Oscar Uribe Villegas

Kurt Steinhaus: *Soziologie der türkischen Revolution*. Europäische Verlagsanstalt. Frankfurt am Main, 1969, pp. 212.

En este libro sobre la “Sociología de la Revolución turca”, Kurt Steinhaus se propone examinar, tomando una referencia histórica concreta —y más bien atípica— los problemas de aparición de una sociedad burguesa capitalista en los países poco desarrollados. Trata de encontrar algunos signos característicos del origen del subdesarrollo; busca seguir, en sus líneas más generales, un proceso de liberación nacional; mostrar la forma específica en que, en Turquía, se realizó una revolución que trataba de hacer culminar en forma fructífera la acumulación primitiva del capital (aquella que es previa al desarrollo capitalista y no posterior o/y resultado de éste).

Hasta el siglo XVIII, el Imperio Otomano había sido una de las grandes potencias de su tiempo, a la que en ninguna forma se juzgaba subdesarrollada; pero, incapaz de incorporarse al movimiento europeo de industrialización, a partir de entonces, se rezagó en su tradicionalismo feudal y se llegó a convertir en un posible objeto de explotación e incluso en una semicolonía de las potencias europeas.

El concepto de “inercia de la historia” (que manejó habilmente Ramiro de Maetzu en sus estudios literarios) reaparece aquí, aplicado sociológicamente por Steinhaus, quien habla de un estancamiento en las antiguas formas de división social del trabajo y les atribuye: la posterior entropía política internacional del Imperio de los Osmanlís, la apatencia europea por sus pose-

siones, los intentos de desmembrarlo o asociarse con él (estos últimos particularmente, de parte de quienes, como Alemania o Austria, habían tenido menos éxito que Inglaterra y Francia en la rebatinga por Africa).

En 1919, la incapacidad otomana (económica, política y militar) para resolver tanto los problemas internacionales como los internos, se había vuelto evidente, no sólo a los ojos de los imperialistas ambiciosos sino, también, a los de aquellos de entre los turcos que poseían una experiencia internacional más amplia que las de sus conciudadanos y que se habían beneficiado ya con las inquietudes de generaciones previas de su propio país. Cuando llegó el climax, ya no se trató ni de defender a los últimos vástagos ineptos de una dinastía, ni de preservar para ella (o para cualquier otra, posible) un imperio; se trataría de conservar —como mínimo factible— para la etnia que empezaba a tomar conciencia de nación, su hogar anatólico; aquel que ella había conquistado en siglos de lucha y de dominación, tras el abandono del original, centroasiático, esporangio de todas las grandes migraciones.

La Revolución turca comenzó por ser una guerra de independencia encaminada a asegurar lo que aún no se había perdido formalmente; lo que, en realidad, existía ya sólo a medias; lo que amenazaba con perderse y permitía prever —a la larga— el sometimiento o, incluso, la aniquilación del pueblo turco. Pero, casi inmediatamente, —precipitada por la enajenación del Sultán-Kalifa a los intereses extranjeros— aquella llegó a ser una rebelión antidinástica contra el último descendiente de los Osmanlís y —casi sin que se lo hubiera propuesto así, inicialmente— se convirtió en un proceso modernizador: 1) a través de su sesgo secularizador (aquel que escindió la jerarquía suprema en sus componentes secular y religioso, de

sultanato y kalifato); 2) arrastró consigo otros elementos modernizantes (norma de legitimación de la élite alterna) y 3) se convirtió en una “especie de revolución”.

“Especie de revolución” porque —como indica Steinhaus— la turca: 1o.) contuvo “elementos históricos divergentes”; 2o.) porque, aunque su programática apuntaba hacia lo que hubiera sido una revolución burguesa, la realidad sobre la que asentaba mostró la inexistencia de una burguesía nacional; porque 3o.) en cuanto a consecuencia, el cambio social turco las tuvo muy distintas de esos dos tipos polares, de gran importancia histórica, que son el chino y el japonés, (ya que en ellos la revolución democrático-burguesa devino socialista en un caso y capitalista en el otro). Todos esos elementos divergentes, que no llegaron a armonizar dentro del movimiento kemalista; la misma prisa con que éste hubo de buscar medios de modernización (sin muchas oportunidades para reflexionar sobre ellos y elegir los mejores); el hecho de que el gran motor del mismo haya sido una élite pequeña, pero activa, dinamizada por una crisis eminente, explica que las masas hayan tenido poco que decir, de por sí, y que, en su mayoría se desviarán del que parecía ser el camino lógico del cambio revolucionario.

Steinhaus toma la historia turca casi desde su principio; desde la llegada de los oghuz a Anatolia; la sigue: a) a través de su expansión territorial, b) de la consolidación de su dominio sobre el territorio y sobre las poblaciones aborígenes; c) de la estructuración de ciertas formas de división del trabajo entre los dominadores y los dominados; d) de la constitución de las dinastías; e) de la sustitución de unas por otras, y f) de la expansión imperial otomana. En terreno más propiamente sociológico, muestra los rasgos que tenía la socie-

dad bajo los osmanlí; la lucha de liberación nacional de Turquía; las reformas kemalistas y, en último término, tanto las bases como los resultados de la transformación político-social turca.

La sociedad otomana había caído en un estancamiento socioeconómico y, en materia de innovaciones estaba tomando de Europa sólo aquellas que podía utilizar para fines militares, pues si bien permitía la introducción de ciertos inventos (como la imprenta) lo hacía siempre condicionándolos a que sus productos no fueran puestos en manos de los súbditos otomanos ni se dirigirían a ellos; en cambio, lo ignoraba todo de los movimientos literarios, artísticos, científicos y filosóficos europeos. La forma en que la dinastía había llegado a depender de la guerra y la manera en que, al sucederse una guerra a la otra, cada una resultaba más ruinosa que la anterior para la economía del imperio, acabaron por imponer ciertas reformas. Los intentos de "Nuevo Orden (*Nizam-i-Cedid*) o de reordenación integral (*Tanzimat*) resultaron ser o fracasos o soluciones insuficientes, y en la época en que se hablaba del Imperio Otomano como del "Enfermo de Europa" sólo se presenciaba una crisis que precipitaría la lucha por la liberación nacional turca con respecto a las fuerzas (griegas, italianas, francesas) que querían proceder con el Imperio Otomano en general (y con Turquía en particular) como habían procedido antes en su "reparto" de Africa.

Steinhaus describe: 1) la forma en que se obtuvo el poder político al través del movimiento nacional, 2) las bases sociales y la jefatura política de dicho movimiento y 3) sus formas específicas de organización. Al triunfo del movimiento, cuando Kemal Pasha (Ataturk) pudo poner en práctica sus ideas reformistas, éstas se orientaron: 1) hacia la creación de un Estado nacional republicano, 2) hacia la occidentaliza-

ción y la secularización de la cultura y del Derecho y 3) hacia la realización plena del proceso acumulativo del capital y el despliegue de las nuevas relaciones entre las clases.

A principios del XIX existían varias ideologías competitivas en el Imperio Otomano: la correspondiente al *statu quo*, consagraba la igualdad de derechos de distintas etnias y grupos lingüísticos bajo la hegemonía turca, regida por una monarquía constitucional; las otras (panislamismo y panturanismo) eran expansionistas, entrañaban elementos de conflicto con otros pueblos y tenían poca base de realidad. Desde fuera, en el curso de la primera guerra mundial, se desarrolló la idea de una doble jefatura germano-turca sobre los pueblos islámicos, que se apoyaba en el supuesto de que Alemania, Austria y Hungría serían "los portaestandartes de Occidente". Esta explotaba el "antagonismo tradicional" germano-eslávico y ofrecía como punto de apoyo para su estrategia una supuesta (más deseada que adverbable) cooperación de "los turcos del Volga". En términos más concretos, los sostenedores de esa ideología trataban de constituir un gran imperio comercial ya que, mediante el ferrocarril Bagdad-Estambul, se llevarían ricas corrientes de bienes hacia la Alemania de entonces. Ese imperio —en tal supuesto— habría de extenderse del Mar del Norte al Océano Indico.

Frente a esas concepciones que pretendían hacer de la dinastía otomana o una cabeza de Imperio, o un "sociodébil" del imperialismo germánico (varias veces frustrado, pero siempre anheloso de triunfar), comenzó a surgir la ideología nacionalista turca; aquella que anhelaba la modernización dentro de un marco nacional y fuera de cualquier propósito imperialista. Los principios del *milli yetçilik* (nacionalismo) *cumhuriyetçilik* (republicanismo), *lailik* (laicismo), *devletçilik* (estatismo) y

halkçilik (populismo) eran sus rectores. La limitación de la nueva ideología era clara pues, según decía: "nuestro nacionalismo reconoce que su actividad política termina en las fronteras de la república"; sin embargo, si bien existió el principio republicano, éste fue a modo de consecuencia del laicismo y de la secularización. El confinamiento del Sultán-Kalifa a Estambul, por la acción de las Potencias y su acatamiento ante los dictados de éstas: a) dio nueva legitimidad al movimiento liberador de Atatürk y b) hizo doblemente vulnerable la legitimidad de la dinastía (al definirla como un enclave contrarrevolucionario que habría que liquidar).

Kemal comenzó por poner en duda la legitimidad del Sultán-Kalifa; reunió —después— a un consejo de dignatarios eclesiásticos, para que éste resolviera sus dudas; llegó a la conclusión de que los Osmanlís detentaban el poder por la fuerza y que, en tales condiciones, —después de seiscientos años de dominación— el pueblo turco debía recobrar su soberanía. La "Gran Asamblea Nacional" comenzó por eliminar el Sultanato; después, las acciones se sucedieron con rapidez: la república se fundó sin pasos espectaculares (casi sin que se pronunciara su nombre). Así, 1o.) se convocó a elecciones; 2o.) se reunió el parlamento; 3o.) se cambió la capital a Ankara*; 4o.) se declaró la *Turkiye Cumhuriyet* y 5o.) se nombró a Kemal su presidente, al tiempo que se abolía, también, el Kalifato (lo que representa el destierro de la dinastía, la desaparición del *Seyh ul-Islan*, de los ministerios *seriat*, y el cierre de las escuelas y los tribunales religiosos) y 6o.) se proclamó la nueva constitución (1924).

* (No Angora como se dice en español, pues ésta es una entidad arqueológica, históricamente, distinta aunque topográficamente próxima de la actual capital turca.)

El triunfo militar sobre los invasores griegos, italianos... y de otros orígenes europeos les había demostrado a las potencias de Europa que, *en la realidad*, existía un Estado nacional turco independiente al que tenían que reconocer y que con él habrían de negociar. Las fronteras de éste, habrían de ser establecidas al través de las negociaciones de Ismet Inonu, primero en Lausanne; después, en Montreux (con la renuncia al área de Mosul, que Gran Bretaña requería para seguir señoreando el petróleo de Mesooriente, y con las limitaciones eternamente buscadas, y dirigidas más contra Rusia que contra Turquía, respecto de la soberanía sobre los Estrechos).

Los intercambios de población greco-turcos, la anulación de las capitulaciones, la abrogación de los derechos de navegación de ciertas compañías extranjeras, la reducción de la deuda otomana, contribuirían —poco después— a la eliminación de muchas de las estructuras monárquico-teocráticas, y abrirían vías a un posible progreso (que —en su turno— las fuerzas contrarrevolucionarias se encargarían, de trabar). Uno de los pasos siguientes habría de serlo la recuperación efectiva de la periferia anatólica desde el altiplano.

El cambio de poder acentuó el predominio de la *intelligentsia* burguesa de orientación modernista; pero, las fuerzas reaccionarias, se pronunciaron en contra de la República, y no tardaron en proclamar que luchaban "por el mantenimiento del heredero Osmanlí y en contra de la usurpación kemalista", llegando a incorporarse en un partido político.

La secularización también provocó reacciones de la gente de iglesia que soliviantó a los kurdos (nómadas de habla indoeuropea, habitantes de las regiones limítrofes de Turquía, Siria, Irán, e Irak) en contra del gobierno recién constituido (y no en términos de una

autonomización o de un separatismo kurdo sino de un antirrepublicanismo y un antilaicismo). Y aunque esos movimientos fueron reprimidos en diferentes formas, dentro del parlamento mismo resurgió el grupo opositor, bajo banderas supuestamente "liberales" (de libertad de ideas, religión y competencia).

Kemal apoyaba el pluripartidismo, pero, el sistema no estaba preparado para que de él surgiera una oposición auténtica (*i.e.* para contener una oposición *inmanente* al sistema) pues los "opositores" —en realidad— no eran tales, sino *enemigos* jurados del kemalismo (en cuanto representaban el tradicionalismo y la "Compraduría" otomana). El suyo era, así, un repudio de las implicaciones laicistas y antif feudales del kemalismo y tanto dentro como fuera del parlamento (con atentados y levantamientos) la "oposición" (en realidad la contrarrevolución) sólo tuvo un objetivo: derrocar al régimen.

Hacia la izquierda, las relaciones fueron de otro tipo; muchos elementos progresistas turcos habían tenido experiencias previas gracias a su convivencia con los bolcheviques rusos y con los espartaquistas alemanes, y, en el interior de Anatolia, muchos campesinos comenzaban a desarrollar simpatías por el comunismo; Kemal permitió, primero, que un amigo suyo fundara el Partido Comunista Turco (pues pensaba que incluso la religión musulmana podía tener un desarrollo potencial hacia el comunismo); pero, cuando el Partido Comunista se incorporó a la Komintern, fue prohibido, perseguido y proscrito, llegando a extremos vesánicos como el del linchamiento de sus miembros). Por su parte, los comunistas respondieron denunciando al kemalismo como un movimiento en el que se habían logrado infiltrar las "*cliques* o pandillas feudales moribundas, los cuerpos de oficiales y la burocracia", los cuales ha-

bían logrado convertirlo en contrarrevolucionario.

A pesar de esas denuncias, el comunismo decidió que había que apoyar a la revolución burguesa kemalista no por aceptarla como *culminación* sino por definirla como simple *estadio* de un movimiento más amplio: estadio que habría que superar mediante un despliegue de actividad entre proletarios y campesinos. El kemalismo, por su parte, no estaba preparado para el socialismo, pues se inspiraba en la modernidad europea (capitalista) y su meta era el capitalismo; eso explica el que ni siquiera la ayuda que los soviéticos les habían dado a los insurgentes turcos hubiera sido capaz de inclinar las simpatías rusas en favor del partido comunista.

A pesar de los propósitos iniciales, la coyuntura histórica hizo que el kemalismo sustituyera la discusión por la fuerza y estableciera el principio de "unidad del poder". Sobre esa base, pronto se dio el caso de que los ocupantes de ministerios y gubernaturas fueran, simultáneamente, funcionarios del partido.

Steinhaus señala que, en la realidad, era imposible el traslado del parlamentarismo europeo a Turquía. En efecto, como las capas sociales a partir de las que se podía haber creado el consenso de una sociedad burguesa eran muy débiles, el ámbito del parlamentarismo se fue reduciendo progresivamente. En la Turquía kemalista ni había grandes masas politizadas, ni los partidos se molestaban por ganárselas. Como resultado de eso, cuatro quintas partes del pueblo turco cayeron en manos de poderes semejantes a los que hasta entonces habían controlado comunas y provincias (propietarios, negociantes, funcionarios estatales y religiosos) a quienes sostenían élites locales y regionales. Todas éstas estaban, soterradamente, en contra del cambio social; y —como dice Stein-

haus— “estaban dispuestas a aceptar el Estado nacional y el republicanismo, en el grado en que el régimen estuviera dispuesto a respetar su supremacía real”.

Steinhaus señala la importancia, pero también la limitación que tiene cualquier cambio que afecta al poder pero que no modifica la estructura social misma. Los dirigentes del movimiento kemalista, también se dieron cuenta de esa insuficiencia e intentaron la otra transformación, como lo demuestra la declaración que hizo Ataturk, en 1925, ante la Asamblea Nacional, según la cual, la nación había decidido hacerse con los medios con los que contaban, en su época, todas las otras naciones.

Lo que se buscaba era la eliminación de las tradiciones islámicas y otomanas, que se oponían a toda innovación. Así, 1) al cálculo islámico del tiempo se le sustituyó por el calendario gregoriano; 2) también se cambió el día festivo semanal; 3) se prohibió que quienes no fueran clérigos usaran vestiduras religiosas, y que incluso éstos lo hicieran fuera del servicio; 4) se prohibió el uso del tocado tradicional (o *fez*), por considerar que era un símbolo de atraso (en forma parecida a como otro modernizador-occidentalizador, Pedro, censuró el uso de la barba entre los rusos). En la Turquía kemalista se introdujo el uso de un apellido y los dos jefes máximos de la revolución cambiaron sus nombres por los de Ataturk (“Padre de los Turcos”) y Inonu (toponímico del célebre triunfo de este general, aún vivo y actuante, en la política turca cuando escribimos, y recién muerto cuando coregimos).

Para el sociolingüista es de mayor interés la imposición (más que la “aceptación” de la que habla Steinhaus) del alfabeto latino, pues, como reconoce Punya Sloka Ray, el planificador lingüístico, si Ataturk no hubiera impuesto su propio criterio al respecto, tal vez aún hoy los estudiosos estarían discu-

tiendo qué solución adoptar (lo cual no implica ni que aplaudimos las decisiones autoritarias de por sí, ni que, en el caso, la que él tomó haya sido *la más acertada*).

Es impresionante —de todos modos— examinar los *desiderata*, leer los relatos sobre el proceso de cambio de la escritura y del idioma y, más aún, ver —en las fotografías de la época— cómo el máximo caudillo de la revolución aparece frente a un pizarrón (o encerado) enseñando a sus compatriotas, en alguna aldea remota, los caracteres latinos.

La adopción del alfabeto latino y el esfuerzo para adaptarlo al turco debía de hacerse en seis semanas; después, había que turquizar el vocabulario (eliminando préstamos árabes y persas) y hacerlo también con la gramática, para —más tarde— modernizar el idioma mediante la adopción de una terminología técnico-científica tomada de las lenguas de Europa occidental.

O sea, que en el caso de la Turquía kemalista, prácticamente eran sinónimos los términos “modernización” y “occidentalización” que, actualmente, en la mente de los sociólogos más cuidadosos, sufren ya una disyunción clara (ésta no impide que los estudiosos reconozcan, entre los conceptos respectivos, ocasionales secancias).

Después, la campaña de masas habría de ser igualmente premiosa. La población de entre 16 y 40 años debía de aprender la nueva escritura: a más tardar, en cuatro meses (si era analfabeta); cuando menos, en dos (si había sido alfabetizada en árabe). Así, Turquía se convirtió en un inmenso salón de clase, en el que los más altos funcionarios del gobierno y los intelectuales, “dotados de pizarrones, enseñaban al pueblo la nueva escritura, y a leer y a escribir en ella”. De ahí, resultaría un aumento del alfabetismo; pero, más aún, un futuro aumento de la facilidad para alfabetizarse.

El cambio no podía interpretarse sólo como ideológico, pues también era funcional. La escritura arábiga no se adaptaba a las estructuras de la lengua turca, puesto que: 1) tenía pocos signos para sus muchas vocales; 2) marcaba longitudes vocálicas de las que el turco carecía; 3) tenía muchos signos para consonantes inexistentes en turco, y todo eso impedía la estabilización ortográfica. Pero, ese cambio no procedía de un lingüista disgustado por la inadecuación instrumental de la escritura a la lengua sino de un político que veía en la primera un obstáculo para alcanzar las metas revolucionarias, pues “la realidad demostró que el conocimiento de la lectura y de la escritura por sólo ciertos estratos, tenía una enorme importancia política”.

En forma parecida, la excesiva apertura del turco-otomano a los préstamos persas y árabes le hacía casi ininteligible para la mayoría de la población y un ministro de Educación hizo una evaluación correcta de la misma cuando dijo que el otomano, en vez de ser un idioma nacional era un *idioma de clase*; uno propio de los privilegiados, ya que los no privilegiados sólo entendían el *kabaturkoe* (o turco vulgar). En estas condiciones, la eliminación de los préstamos representaba la posibilidad de unir: 1) al gobierno y al pueblo; 2) a las ciudades y a las aldeas; 3) a las diversas capas de la población y 4) la de librar a las nuevas generaciones de la férula retrograda de los islamizantes.

La turquización, al extrapolarse —como todos los movimientos que adquieren impulso excesivo— llevó a abusos que culminaron en teorías como aquella según la cual el turco habría sido una forma del lenguaje original humano, y los turcos de Asia Central los fundadores de las principales culturas de la humanidad. Después, el movimiento perdió fuerza, se volvió más prudente y según nuestra información si bien se si-

guen atendiendo hoy, en Turquía, los designios originarios, se acatan también los dictados de un buen sentido que se opone a la eliminación de las palabras que proceden de préstamos cuando éstas, por su arraigo, llegan a ser indistinguibles de las que constituyen el fondo original turco así como se opone igualmente a que se introduzcan en turco neologismos que 1) o carecen de raíz o de fisonomía turca o 2) están desprovistos a) de gracia lingüística o b) de forma estética.

El libro de Steinhaus —como ya hemos dicho— no tiene como objeto (ni único ni principal) examinar la reforma sociolingüística turca o analizar el movimiento kemalista en que la misma se inscribe, en cuanto recoge los antecedentes de éste, sus consecuencias y algunas de las líneas más generales de evolución de la Turquía actual; pero, por razones obvias, nuestra glosa tiene que: 1) gravitar, sobre todo, en el aspecto sociolingüístico, 2) referirse menos a su enmarcamento político-social amplio y 3) dejar a los politicólogos el examen de los desarrollos ulteriores, los cuales deben de servir a la reflexión de “Hasta qué grado, en vista de su recular posterior, una ‘revolución’ es auténtica y permanentemente una Revolución”. Por desgracia, pocas revoluciones históricas pasan con éxito esa prueba ya que —con máxima frecuencia— los cambios que introducen son momentáneos, superficiales y precarios.

Del esfuerzo de Atatürk queda ese cambio importantísimo que fue la adopción de una estructura más acorde con la estructura del idioma; queda la secularización de la vida política turca; pero, quizás quede poco del anhelo independentista pues si bien libre de invasores griegos, italianos, franceses e ingleses, la Turquía actual: 1) se inclina peligrosamente a ser —como antes corrió el riesgo de serlo de Alemania y

Austria— una semicolonía (de una metrópoli más remota, Estados Unidos de América) y 2) enfrenta el peligro de seguir siendo sólo el urticante con que se molesta hoy a la Unión Soviética (en beneficio de la OTAN) como antes lo fue de la Rusia Zarista (en beneficio del Imperio Británico).

Oscar Uribe Villegas